



Escritos incluidos en Equipaje de mano

Santiago Gil

Presentación del libro Equipaje de mano, en la Feria del Libro de Las Palmas Las Palmas de Gran Canaria.

El acto estuvo presentado por el periodista de la Cadena Ser, Kiko Barroso, y en él intervinieron la actriz Saida Santana y el actor cubano Carlos Cruz.







LIBRO

Son las tristezas del alma las que oscurecen la tarde. Las nubes siempre terminan pasando.

No vale irse de casa cuando ya esté en ruinas. Lo heroico es partir a la busca cuando se puede perder todo en el intento.

Había algo familiar y cercano en sus ojos. Los dos se miraban disimuladamente y cada cual pensaba para sí en esa sensación de cercanía y de complicidad que había entre ambos. Ella se bajó en la estación de Nuevos Ministerios y desapareció para siempre de

su vista. Él iba camino del aeropuerto para tomar el avión de regreso a Nueva York. Los dos estaban casados y casualmente tenían cuatro hijos cada uno, justo los mismos que habían tenido hacía más de cien años cuando se amaron y vivieron juntos durante seis lustros en Viena. En los ojos del otro cada uno reconoció vagamente el brillo nostálgico y cristalino del Danubio.

Uno nunca deja de estar presente en aquellos lugares en los que fue realmente feliz.

Ese aire cálido que acaricia tus sienes cuando sales a la calle te recuerda el aliento de todos los que te amaron cuando eras joven y bella y los hombres todavía te hacían promesas de amor.

No estés triste; también las amapolas mueren después del esplendor rojo de cada primavera, y como tú con tus recuerdos luego se drogan con ellas los proscritos y los poetas.

Lloraba todas las tardes viendo entrenar a los nadadores en la piscina olímpica de la Ciudad Deportiva. Su mujer había muerto hacía tres meses y antes de morir le había dicho que quería ser incinerada. Él la quemó, pero luego no supo qué hacer con las cenizas. Ella también le dijo que le encantaría descansar eternamente en el agua, pero que le daban miedo los fondos marinos llenos de grandes calamares, de tiburones, de

morenas y de mantas. La tuvo varias semanas en su casa hasta que se decidió una noche y saltó la verja de la piscina olímpica. Las cenizas fueron rápidamente absorbidas por los sumideros, pero algo quedó de ella entre las corcheas y el olor a cloro. Ahora viene todas las tardes, se sienta en las gradas y llora mansamente mientras los nadadores entrenan con denuedo pendientes del crono.

Morir es desaparecer para siempre o aparecer en cualquier otra parte sin la conciencia de haber desaparecido.

Fue el domingo, sobre las dos de la tarde. Los dos debían de tener más de ochenta años y parecían recién salidos de misa. No les pegaba nada llevar aquella caja caliente con la pizza acabada de salir del horno y un par de refrescos de cola. Iban tristes, caminando despacio, sabiendo que la vida no les había convidado a sus grandes festines. La pensión no les daba para más y era el único lujo que podían permitirse en toda la semana. Cuando comían sacaban la vajilla de porcelana y los cubiertos de plata que les regalaron el día de la boda. Partían los trozos duros y resacos de la pizza barata y se miraban tiernamente sabiendo que cualquiera de esas comidas podía ser la última. Los dos habían trabajado de sol a sol durante toda su existencia. No era eso lo que les habían prometido para cuando se jubilaran.

Comunicas, luego existes.

Ya el calamar se defendía con la tinta mucho tiempo antes que nosotros.